

ta que había pagado por ella en el juzgado de paz. Mas ella no le escuchaba y repetía:

—Os llevo conmigo... Comeremos juntos... Desde allí, me acompañarás á Variedades... No entro en escena hasta las nueve y media.

¡El buen Labordette llegaba muy á propósito! Nunca pedía nada. No pasaba de ser el amigo de las mujeres, cuyos negocijos despachaba á las mil maravillas. Así, al pasar por el recibimiento, había despedido á los acreedores, los cuales, por otra parte, no querían que se les pagase, muy al contrario, si habían insistido, era con el solo objeto de felicitar á la señora y de reiterarle personalmente la oferta de sus servicios, después de su gran triunfo de la víspera.

—Larguémonos, larguémonos,—decía Naná, que estaba ya vestida.

Precisamente, Zoé regresaba entonces, gritando:

—Señora, renuncio á abrir... Hay una cola de gente en la escalera.

¡Una cola de gente en la escalera! El mismo Francisco, á pesar de la flema inglesa que afectaba, se echó á reír, mientras recogía sus peines. Naná que había tomado del brazo á Labordette, le empujó hacia la cocina. Y se puso en salvo, libre ya de hombres, por fin dichosa, sabiendo que con Labordette podía estar sola en cualquier sitio, sin temer tonterías.

—A la vuelta, me acompañaréis hasta la puerta de casa,—dijo mientras bajaba la escalera de servicio.—Así, estaré segura... Figuráos que quiero dormir toda una noche; toda una noche para mí sola. ¡Un capricho, querido!

III

La condesa Sabina, como se habían acostumbrado á llamar á la señora Muffat de Beauville, para distinguirla de la madre del conde, fallecida el año ante-

rior, recibía todos los martes, en su palacio de la calle Miromesnil, esquina de la Penthievre. Era un vasto edificio cuadrado, habitado por los Muffat desde hacía más de un siglo; en la calle, la fachada alta y sombría, parecía dormida, melancólica cual convento, con inmensas persianas que casi siempre estaban cerradas en un jardincito húmedo, habían crecido algunos árboles, ávidos de sol, tan largos y tan delgados, que se veían sus ramas por encima de las tejas.

Aquel martes, á eso de las diez, apenas había una docena de personas en el salón. Cuando sólo esperaba visitas de intimidad, la condesa no abría el saloncito, ni el comedor. Se pasaba la velada más entre familia, y se hablaba al amor de la lumbre. El salón, por otra parte, era muy vasto y muy alto; cuatro ventanas daban al jardín, cuya humedad dejábase sentir en aquella lluviosa velada de fines de abril, á pesar de los enormes leños que en la chimenea ardían. Nunca penetraba allí el sol; de día, una claridad verdosa iluminaba apenas la estancia; y por la noche, cuando las lámparas y la araña estaban encendidas, aumentaba todavía su aspecto grave, con sus muebles de maciza caoba, sus colgaduras y sus sillones de terciopelo amarillo con anchos dibujos satinados. Reinaban allí una dignidad glacial, costumbres antiguas, un tiempo que pasó, exhalando un olor de devoción.

Sin embargo, en frente del sillón en que había fallecido la madre del conde, sillón cuadrado de madera pesada y tela resistente, al otro lado de la chimenea, la condesa Sabina estaba sentada en una lutaca, cuyo acolchado de seda roja tenía la blandura de la pluma. Era el único mueble moderno, un rasgo de capricho introducido en aquella severidad, chocante en grado sumo.

—Así pues, decía la joven señora,—tendremos al shah de Persia.

Hablaban de los soberanos que acudían á París.

durante la Exposición. Varias señoras formaban un círculo ante una chimenea. La señora Du Joncquoy, cuyo hermano, un diplomático, había desempeñado una misión en Oriente, daba detalles sobre la Corte de Nazar-Eddin.

—¿Os sentís mala, querida?—preguntó la señora Chantereau, mujer de un opulento herrero, viendo atacada á la condesa de un leve escalofrío que la puso pálida.

—No, nada de eso,—replicó ésta sonriendo.—He sentido un poco de frío... ¡Tarda tanto en calentarse este salón.

Y pasaba su mirada á lo largo de las paredes, hasta la altura del techo. Su hija Estela, una jovencita de dieciséis años, ¡la edad ingrata! delgada é insignificante, se levantó del taburete donde estaba sentada, y dirigióse silenciosa á levantar uno de los leños que había caído. Pero la señora de Chezelle amiga de convento de Sabina, cinco años más joven que ella, exclamó:

—¡Vaya! ¡ya quisiera yo tener un salón como el tuyo! Al menos puedes recibir... Hoy no se construyen más que jaulas... ¡quién estuviere en tu lugar!

Hablaba con atolondramiento, con gestos vivos, explicando que cambiaría las colgaduras, los sillones, todo; y después daría bailes que pusiesen en movimiento á todo París. Detrás de ella, su marido, un magistrado, escuchaba con aire grave. Decía la voz pública que su mujer le engañaba, sin tomarse la pena de ocultarlo; pero se le perdonaba y hasta se la admitía en las reuniones de buen tono porque, según añadían, era una loca.

—¡Qué Leónida ésta!—se limitó á murmurar la condesa Sabina, con su pálido sonreír.

Un ademán perezoso completó su pensamiento. No sería ella quien cambiase su salón, después de haber vivido en él durante diecisiete años. En adelante continuaría en el mismo estado en que su suegra

quiso conservarlo en vida. Después, reanudando la anterior conversación:

—Me han asegurado que tendremos también el rey de Prusia y el emperador de Rusia.

—Sí, se preparan grandes festejos,—dijo la señora de Du Joncquoy.

El banquero Steiner, presentado hacía poco tiempo en la casa, por Leónida de Chezelles, que conocía á todo París, hablaba sentado en un canapé, entre dos ventanas; interrogaba á un diputado procurando sonsacarle mañosamente algunas noticias, acerca de un movimiento de bolsa que olfateaba, en tanto que el conde Muffat, en pie ante ellos, les escuchaba en silencio, y más serio aun que de costumbre. Cuatro ó cinco jóvenes formaban otro corro cerca de la puerta, rodeando al conde Javier Vandeuves, que á media voz, le refería una historia, muy picante sin duda, pues se oían risas ahogadas. En el centro del salón, completamente solo, sentado pesadamente en un sillón, un hombre grueso, jefe de sección en el Ministerio del Interior, dormía con los ojos abiertos. Pero como uno de los jóvenes pareció dudar de la historieja de Vandeuves, éste levantó la voz:

—Sois demasiado escéptico, Fourcamont; amargaréis siempre vuestros placeres.

Y se dirigió riendo, hacia el corro de las señoras. Último vástago de una ilustre raza, afeminado y espiritual, derrochaba entonces una fortuna con un frenesí de apetitos que nada apaciguaba. Su tren de las carreras, uno de los más célebres de París, le costaba un dínaral; sus pérdidas en el Círculo imperial ascendían cada mes á una cifra alarmante de luises; sus queridas se le comían, un año con otro, una granja y algunas aranzadas de tierra ó de bosque, todo un fragmento de sus vastas posesiones en Picardía.

—Tiene gracia que acuséis de escépticos á los demás, vos que en nada creéis,—dijo Leónida, hacién-

dole sitio á su lado.—Vos sí que amargáis vuestros placeres.

—Precisamente por eso,—respondió,—quiero que los otros se aprovechen de mi experiencia.

Pero le impusieron silencio. Escandalizaba al señor Venot. Entonces, ensanchando un poco su corro las damas, percibióse en el fondo de una mecedora, á un hombrecito de sesenta años, de dientes cariados y sonrisa maliciosa; allí estaba, instalado como en su casa, escuchando á todo el mundo y sin soltar una palabra. Con un gesto dijo que no estaba escandalizado. Vandeuves había recobrado su aspecto formal, y añadió gravemente:

—El señor Venot sabe perfectamente que yo creo en lo que se debe creer.

Aquello era un acto de fe religiosa. La misma Leónida pareció satisfecha. En el fondo de la estancia, los jóvenes hablan cesado ya de reír. Aquel afectado rigorismo les divertía muy poco. Había pasado por allí como un soplo glacial, y en medio del silencio, escuchábase la voz gangosa de Steiner, á quien la discreción del diputado acababa por sacar de sus casillas. La condesa Sabina miró un instante al fuego, y después, reanudó la conversación.

El año pasado vi en Baden al rey de Prusia. Está aún muy robusto para su edad.

—Le acompañará el conde de Bismarck,—dijo la señora Du Jonquoy.—¿Le conocéis? Yo almorcé con él en casa de mi hermano; ¡oh! hace mucho tiempo, cuando era embajador de Prusia en París... Hed ahí un hombre cuyos últimos triunfos no acierto á comprender.

—¿Por qué?—preguntó la señora Chantereau.

—¡Dios mío! ¡qué os diré!... ¡No me es simpático!... Tiene el aire brutal y de poca educación. Además, le encuentro estúpido.

Todo el mundo habló, entonces, del conde de Bismarck. Las opiniones fueron muy contradictorias. Van-

deuvres le conocía y aseguraba que era un buen bebedor y un gran jugador. Pero, en lo más animado de la discusión, abrióse la puerta y apareció Héctor de la Faloise. Fauchery, que le seguía, se aproximó á la condesa, é inclinándose:

—Señora,—dijo,—no ha olvidado vuestra graciosa invitación...

Ella sonrió y pronunció una frase amable. El periodista, después de haber saludado al conde, permaneció un momento desorientado en medio del salón, en el que no reconoció más que á Steiner. Vandeuves al volver el rostro, vino á darle un apretón de manos. Y en seguida, feliz en este encuentro, presa de un deseo de expansión, Fauchery le atrajo, diciéndole en voz baja:

—Es para mañana. ¿Estáis invitado?

—¡Pardiez!

—A media noche, en su casa.

—Ya sé, ya sé... Iré con Blanca.

Pretendía escaparse, para volver al lado de las señoras á dar un nuevo argumento en favor del conde de Bismarck; pero Fauchery, no le soltó.

—¿A que no acertáis de qué invitación me ha encargado ella misma?

Y, con un movimiento ligero de cabeza, designó al conde Muffat, quien á la sazón, discutía una cuestión de Hacienda con el diputado Steiner.

—¡No es posible!—dijo Vandeuves, estupefacto y sonriendo.

—¡Palabra de honor! Me he visto precisado á jurar que le llevaría. Casi vengo aquí por eso...

Los dos rieron silenciosamente, y Vandeuves, apresurándose, entró de nuevo en el coro de las señoras, exclamando:

—Os aseguro, por el contrario, que el conde de Bismarck es muy espiritual... Cierta noche, delante de mí, dijo una frase encantadora...

Entretanto la Faloise, habiendo oído las rápidas pa-

labras cambiadas á media voz, miraba á Fauchery, esperando una explicación, que no le dieron. ¿De qué se hablaba? ¿qué se preparaba para el día siguiente, á media noche? Desde aquel momento, ya no se separó de su primo. Este había ido á sentarse. La condesa Sabina era la que más le interesaba. Habían pronunciado muchas veces su nombre delante de él, y sabía que, casada á los diecisiete años, debía tener actualmente treinta y cuatro y que, desde su matrimonio, llevaba una vida de claustro, entre su marido y su suegra. En el mundo, los unos le atribuían una frialdad de devota, y los otros la complacían, recordando su alegre risa, sus grandes ojos de fuego, antes de que la encerrasen en el fondo de aquel viejo palacio. Fauchery la examinaba y dudaba. Uno de sus amigos, capitán, fallecido recientemente en Méjico, la víspera de su partida, al levantarse de la mesa, le había hecho una de esas confidencias brutales, que los hombres más discretos dejan escapar en ciertos momentos. Pero en sus recuerdos eran muy vagos; aquella noche había comido fuerte; y dudaba, contemplando á la condesa en medio de aquel salón antiguo, vestida de negro con su tranquila sonrisa. Una lámpara, colocada detrás de ella, destacaba su fino perfil de morena mórbida, en que sólo los labios, algo gruesos, denunciaban una especie de sensualidad imperiosa.

—¿Qué demonio tiene con su Bismarck!—murmuró la Faloise, que aparentaba aburrirse de lo lindo en sociedad;—¡aquí uno revienta! ¡Vaya una idea que tuviste de que viniésemos!

Fauchery le interrogó bruscamente:

—Dime: ¿Tiene algún querido, la condesa?

—¡Ah! ¡no! ¡ah! ¡no!—balbuceó el otro visiblemente desconcertado, olvidando su afección.—¿Dónde crees estar?

Después pensó que su indignación carecía de chic; y añadió arrellanándose en el fondo del canapé;

—¡Pardiez! no te diré que no; pero no sé positivamente... Allá está ese pequeñito, ese Foucarmont, á quien se encuentra uno en todos los rincones. Por mi parte me tiene sin cuidado... En fin, lo cierto es que si la condesa tiene amoríos, debe ser muy lista, pues nadie habla de tal cosa.

Entonces, sin que Fauchery se diese el trabajo de preguntárselo, le refirió lo que sabía de los Muffat. En medio de la conversación de las señoras que continuaba animada delante de la chimenea, los dos bajaron la voz, y hubiérase creído, al verles, tan de corbata y guante blanco, que se ocupaban en frases selectas, de algún asunto grave. Pues, la mamá de Muffat, á quien la Faloise había conocido mucho, era una vieja insoportable, devota como ella sola; además, tenía un aire imponente, un gesto de autoridad que hacía que ante ella todo se doblegara. En cuanto á Muffat, hijo tardío de un general hecho conde por Napoleón I, se encontró, naturalmente, entre los más favorecidos después del 2 de diciembre. También éste, era poco jovial; pero pasaba por hombre muy honrado y de espíritu recto, y además, con opiniones del otro mundo, y una idea tan elevada de su rango en la corte, de sus dignidades y de sus virtudes, que llevaba la cabeza erguida como custodia en procesión. La mamá Muffat era quien le había dado esta bella educación: á confesar cada día, ninguna escapatoria, ningún devaneo juvenil de especie alguna. Cumplía con la Iglesia y tenía crisis de fe de violencia sanguínea, parecidas á accesos de calentura ardiente. Finalmente, para pintarlo con un último detalle, soltó la Faloise una palabra al oído de su primo.

—¿Será posible?—dijo éste.

—Me lo han jurado, ¡palabra de honor!... Aun lo tenía, cuando se casó.

Fauchery reía, contemplando al conde, cuyo rostro, cerrado por patillas, sin bigote, parecía más áspero

y más duro, desde que empezó á citar cifras á Steiner, el cual se resistía á dejarse convencer.

—¡A fe mía, tiene una cabeza á propósito!—murmuró.
—¡Vaya qué regalo le hizo á su mujer!... ¡Ah! ¡pobrecilla! ¡no debió fastidiarla poco! ¡Apuesto á que no sabe nada... de nada!

Precisamente, en aquel momento la condesa Sabina le dirigía la palabra; pero tan chistoso y extraordinario le parecía el caso de Muffat, que ni siquiera la oyó. Y ella hubo de repetirle la pregunta:

—Señor Fauchery, ¿no fuisteis vos quien publicasteis una biografía del conde de Bismarck?... ¿Habéis hablado con él?

Fauchery se levantó apresurado, dirigiéndose al corro de las señoras, procurando ponerse sobre sí, encontrando, por otra parte, una respuesta, con el más perfecto aplomo.

—¡Dios mío! Os confieso, señora, que escribí esa biografía sobre otras publicadas en Alemania... pero nunca he visto al conde de Bismarck.

Y permaneció junto á la condesa. A la vez que ella hablaba, proseguía él sus reflexiones. La condesa no representaba su edad; á lo más, podían suponérsele veintiocho años; sus ojos, especialmente, conservaban un fuego juvenil, anegado en sombra azul por largos párpados. Educada entre un matrimonio divorciado, pasando un mes en casa del marqués de Chouard y otro mes en la de la marquesa, habíase casado muy joven, á la muerte de su madre, impulsada indudablemente por su padre, al que servía de estorbo. ¡Era un hombre terrible, el tal marqués, y cerca de él comenzaban á circular extrañas historias, á pesar de su alta piedad. Fauchery preguntó si no tendría el honor de saludarle. Ciertamente, su padre vendría, pero muy tarde; ¡estaba ocupado! El periodista, que creía saber donde pasaba sus veladas el anciano, permaneció grave. Pero un lunar que percibió en la mejilla izquierda de la condesa, cerca de la boca, le

sorprendió. Naná tenía otro, absolutamente idéntico. Era muy gracioso. Sobre el lunar rizábanse algunos pelillos; sólo, si en Naná estos pelos eran rubios, eran, en la otra, de un negro azabache. Ne importa; esta mujer no tenía ningún querido.

—Siempre he tenido deseos de conocer á la reina Augusta,—decía.—¡Aseguran que es tan buena, tan piadosa!... ¿Creéis que acompañará al rey?

—Dicen que no,—repuso Fauchery.

No; la condesa no tenía querido; esto saltaba á la vista. Bastaba verla allí, junto á su hija, tan sola y tan tiesa sobre su taburete. Aquel salón sepulcral, que olía á iglesia, denunciaba de sobra la mano de hierro y la rígida severidad que doblegaban su existencia. No se veía nada suyo en aquella morada antigua, ennegrecida por la humedad. Muffat era quien se imponía, quien dominaba, con su educación devota, sus penitencias y sus ayunos. Pero la presencia del vejete de caridos dientes y maligna sonrisa, á quien descubrió de pronto en su mecedora, detrás de las señoras, fué para él un argumento todavía más decisivo. Conocía al tal personaje: Teófilo Venot, antiguo abogado que se dedicara á la especialidad de los procesos eclesiásticos y que se había retirado de la práctica, con una saneada fortuna, y llevaba una existencia asaz misteriosa, siendo recibido en todas partes, saludado con respeto y hasta con temor, como si hubiese representado una gran fuerza, una fuerza oculta, que se adivinaba tras de él. Por lo demás, mostrábase muy humilde, era mayordomo de la fábrica de la «Madeleine» y habla aceptado, sencillamente, un empleo de auxiliar en la alcaldía del noveno distrito para ocupar sus ocios, según decía. ¡Caramba! La condesa estaba perfectamente guardada; ¡inútil, pues, intentar algo con ella!

—Tienes razón, uno revienta aquí,—dijo Fauchery á su prima, cuando se hubo escapado del corro de las señoras,

—¡Larguémonos!

Pero Steiner, á quien el conde Muffat y el diputado acababan de dejar, se adelantaba furioso, sudando, gruñendo á media voz:

—¡Pardiez! que no digan nada, si no quieren decir... Ya encontraré á otros que charlen.

Después, llevándose al periodista á un ángulo del salón y cambiando de voz, con aire victorioso:

—¡Jem!—exclamó;—¿con qué, mañana?... Soy de los vuestros, querido.

—¡Ah!—murmuró Fauchery, admirado.

—¿No lo sabíais?... ¡Oh, no me ha costado poco hallarla en casa! Además, Mignon no me soltaba.

—¡Pero si también irán los Mignon!

—Sí, ella me lo ha dicho... En resumen, me ha recibido y me ha invitado... A media noche en punto, después de la función.

El banquero estaba radiante. Guiñó los ojos, y añadió, dando á sus palabras un valor particular:

—Es cosa hecha ¿y vos?

—¿El qué?—dijo Fauchery, afectando no comprender.—Ella ha querido darme gracias por mi artículo, y ha venido á mi casa.

—Sí, sí... vosotros sois los afortunados. Os recompensan... A propósito ¿quién paga mañana?

El periodista extendía los brazos, como para declarar que era cosa que no se sabía. En esto Vandevres llamó á Steiner, que conocía al conde de Bismarck. La señora Du Joncquoy estaba casi convencida, y acabó por decir:

Me causó mala impresión, le encuentro el rostro antipático; pero me inclino á creer que tiene mucho talento; así se explican sus triunfos.

—Sin duda,—dijo con débil sonrisa el banquero, el cual era un judío de Francfort.

Entretanto la Faloise osaba esta vez interrogar á su primo, persiguiéndole y diciéndole casi al oído:

—¿Con qué mañana se cena en casa de una mujer?... ¿quién será, quién?

Fauchery hizo señas de que les escuchaban; era preciso respetar las conveniencias. De nuevo acababa de abrirse la puerta y entró una señora anciana, seguida de un jovencito, en quien el periodista reconoció al escapado de colegio que, la noche del estreno de la «Rubia Venus», había soltado el famoso: «¡muy bien!» de que todavía se hablaba. La llegada de esta señora puso en movimiento al salón. La condesa Sabina se había levantado rápidamente para adelantarse á su encuentro, y, cogiéndole ambas manos, la llamaba su querida señora Hugón. Viendo que su primo contemplaba curioso esta escena, la Faloise, á fin de congratárselo, le puso al corriente, en pocas palabras: la señora Hugón, viuda de un notario, vivía habitualmente en las «Fondettes», una antigua propiedad de su familia, cerca de Orleans, y tenía un apeadero en París, en una casa de su pertenencia, calle de Richelieu; hacía unas cuantas semanas que estaba en la capital, para instalar á su hijo menor, que cursaba el primer año de Derecho; en otro tiempo fué íntima amiga de la marquesa de Chouard y había visto nacer á la condesa á la que tenía meses enteros en su compañía, antes de su matrimonio y á la cual tutelaba todavía.

—Te traigo á Jorge,—decía la señora Hugón á Sabina.—¡Me parece que lo encontrarás muy crecido!

El joven, con su mirada límpida y sus blondos rizos de niña disfrazada de muchacho, saludaba á la condesa, sin perplejidad, y le recordaba una partida de volante que habían jugado juntos, dos años antes, en las «Fondettes.»

—¿No está en París Felipe?—preguntó el conde Muffat.

—¡Oh! ¡no!—contestó la anciana.—Continúa de guarnición en Bourges.

Se había sentado y hablaba con orgullo de su hijo

mayor, un buen mozo que, después de haber sentado plaza de recluta, por una calaverada, acababa de alcanzar en breve tiempo el grado de subteniente. Todas las señoras la rodeaban, con respetuosa simpatía. La conversación se reanudó, más amable y más delicada. Y Fauchery, contemplando allí á aquella figura maternal iluminada con santa sonrisa, entre aquellos rizos de blanco cabello, encontró ridículo haber sospechado, por un momento, de la condesa Sabina.

Sin embargo, la gran butaca acolchada de seda en que se sentaba la condesa acababa de atraer su atención. Encontraba que aquella butaca resaltaba con tono brutal, como un capricho, en aquel ahumado salón. De seguro, no era el conde quien introdujera allí aquel mueble de voluptuosa pereza. Hubiérase dicho que era un ensayo, el principio de un deseo y de un goce. Entonces, olvidó su último juicio, soñando y recordando involuntariamente aquella confianza vaga, recibida cierta noche en un restaurant. Había deseado introducirse en casa de los Muffat, impelido por una curiosidad sensual; ¿quién sabe? ¡nada se perdía con probar! Sin duda era una tontería; mas no importa, esta idea le atormentaba, y sentíase atraído, despertando de nuevo su vicio. La gran butaca ofrecía un aspecto arrugado y una inclinación de respaldo que, actualmente, le agradaban.

—Luego,—respondió Fauchery.

Y no se apresuró ya, dándose por pretexto la invitación que le habían encargado hacer, y que no era fácil de presentar. Las señoras hablaban de una toma de velo, una ceremonia muy conmovedora, que tenía en conmoción desde hacía tres días al París mundano. La hija mayor de la baronesa de Fougeray acababa de entrar en las Carmelitas, obedeciendo á una vocación irresistible. La señora Chantreau, prima lejana de los Fougeray, contaba que la baronesa

hubo de guardar cama, al siguiente día, ahogada por las lágrimas.

—Yo estaba en sitio de preferencia,—declaró Leónida.—Encontré la ceremonia muy curiosa.

Sin embargo, la señora Hugón compadecía á la pobre madre. ¡Qué dolor, perder así una hija!

—Me acusan de ser devota,—dijo con su tranquila franqueza; pero esto no me impide encontrar muy crueles á las hijas que se empeñan en un suicidio semejante.

—Sí, es un lance terrible,—murmuró la condesa, con un ligero escalofrío, apolotonándose más aun en el fondo de su butaca, delante de la chimenea.

Entonces las señoras discutieron. Pero sus voces eran discretas y sólo de vez en cuando una risita cortaba la gravedad de su conversación. Las dos lámparas de la chimenea, cubiertas por pantallas de color de rosa, las iluminaban débilmente; y no había allí sino otras tres lámparas, en muebles distantes, que dejaban el vasto salón en suave penumbra.

Steiner se aburría. Contaba á Fauchery una aventura de la vivaracha señora de Chezelles, á la cual llamaba Leónida, á secas; un demonio, decía, bajando la voz, detrás de los sillones de las señoras. Fauchery la contemplaba, con su gran vestido de raso azul pálido, singularmente sentada en un ángulo de su sillón, delgada y atrevida como un muchacho, y acabando por sorprenderse de encontrarla allí; guardábase más decoro en las reuniones de Carolina Héquet, cuya madre había montado seriamente la casa. Había allí tema para todo un artículo. ¡Qué mundo tan singular, ese mundo parisiense! Los salones más rígidos se encontraban invadidos. Evidentemente, ese silencioso Teófilo Venot, que se limitaba á sonreír mostrando sus cariados dientes, debía ser un legado de la difunta condesa, lo mismo que las señoras de edad madura, la señora Chantreau, la señora Du Joncquoy y cuatro ó cinco ancianos, inmóviles de los rincones,

El conde Muffat invitaba á los funcionarios dotados de ese continente correcto que tanto agradaba en las Tullerías; entre otros, el jefe de negociado, siempre solo en medio del salón, afeitada la faz y la mirada apagada, ceñido en su traje hasta el punto de no poder arriesgar un gesto. Casi todos los jóvenes y algunos personajes de distinguidos modales habían sido presentados por el marqués de Chouard, quien conservaba relaciones seguidas en el partido legitimista, después de haber manifestado su sanción al nuevo régimen, entrando en el Consejo de Estado. Quedaban Leónida de Chezelles, Steiner, toda una fracción non sancta de donde la señora Hugón se destacaba con serenidad de anciana amable, y Fauchery, que veía en imaginación su artículo, llamaba á aquella fracción: la de la condesa Sabina.

—Otra vez,—continuaba Steiner en voz más baja, —Leónida hizo que su tenor fuese á Montauban. Vivía ella en el castillo de Beaurecueil, dos leguas más lejos, y llegaba todos los días, en una calesa tirada por dos caballos, para verle en el «Lion d' Or», donde se hospedaba él... La calesa se esperaba á la puerta, y Leónida permanecía allí dos horas, mientras que la gente se agrupaba y miraba los caballos.

Prodújose un silencio; y algunos segundos solemnes pasaron por debajo del elevado techo. Dos jóvenes cuchicheaban; mas calláronse á su vez; sólo se oía el sordo paso del conde Muffat que atravesaba el salón. Las lámparas parecían haber palidecido, el fuego se apagaba, una severa penumbra anegaba á los viejos amigos de la casa, en los sillones que ocupaban en aquellas reuniones desde hacía cuarenta años. Parecía como si, entre el cambio de dos frases, los concurrentes hubiesen sentido aparecerse la difunta madre del conde, con su aire glacial. Y la condesa Sabina reanudó la conversación:

—Se ha susurrado que su novio había muerto, lo cual explicaría la entrada de esa pobre niña en el

claustro. Algunos, por otra parte, murmuran que el señor Fouguerey jamás hubiera consentido en este matrimonio.

—Otras muchas cosas se murmuran,—exclamó atondradamente Leónida.

Y se echó á reír, negándose á dar explicaciones. Sabina, contagiada por esta hilaridad, se llevó el pañuelo á los labios. Y estas risas, en la solemnidad de la vasta habitación, tenían un acento que dejó asombrado á Fauchery; sonaban como cristal que se rompe. Positivamente, había allí un principio de rajadura. Todas las voces volvieron á hablar; la señora Du Joncoy protestaba, la señora de Chantereau sabía que se había proyectado un matrimonio, pero que la cosa no pasó adelante; hasta los hombres emitieron su opinión. Hubo durante algunos minutos, una confusión de pareceres, en que los diversos elementos del salón, los bonapartistas y los legitimistas, mezclados con los escépticos mundanos, surgían á la vez y se codeaban. Estela había llamado, para que añadiesen leña á la chimenea, y el criado avivaba la luz de las lámparas; aquello parecía como un despertar. Fauchery sonreía satisfecho.

—¡Pardiez! cuando no pueden casarse con sus primos, se casan con Dios,—dijo entre dientes Vandevres, á quien esta conversación fastidiaba, y que venía á unirse con Fauchery.

—Amigo mío, ¿habéis visto que una mujer amada se haga monja?

Y sin esperar respuesta, harto ya de este tema, añadió, en voz baja:

—Decidme ¿cuántos seremos mañana? Estará la Migon, Steiner, vos, Blanca y yo... ¿Quién más?

—Creo que Carolina... Simona... Gagá sin duda... Nunca se sabe con precisión ¿verdad? En tales ocasiones, cree uno que serán veinte y son treinta.